

www.elboomeran.com

# TRIESTE

DAŠA DRNDIĆ

TRADUCCIÓN DEL CROATA DE SIMONA ŠKRABEC



Hace sesenta y dos años que espera.

Sentada junto al amplio ventanal de una habitación del tercer piso de un edificio austrohúngaro en la parte antigua de Gorizia la Vieja, una mujer se balancea. La mecedora es vieja y mientras ella se balancea, la silla gime.

—¿Es la silla que gime o soy yo quien se lamenta?, pregunta la mujer al abismo de un vacío que extiende una capa transparente de putrefacción a su alrededor con intención de tragársela, de tragarse a la mujer que se balancea, de engullirla, de tatarla, de envolverla, de empaquetarla para el vertedero donde el vacío, ese vacío suyo, amontona los cadáveres de un pasado ahora ya apaciguado. Ella está sentada junto al ventanal, tamizado por una cortina anticuada, respira suavemente, a intervalos (como si sollozara, pero sin voz) y lo primero que intenta hacer es olvidar el olor de una habitación mal ventilada. Agita las manos como si quisiera ahuyentar las moscas. Luego toca sus mejillas como si quisiera lavarse la cara o como si se quitara los restos de una telaraña atrapada en sus pestañas. Ese olor de putrefacción (¿De quién es? ¿De quién?) llena la habitación, el aire parece el curso de un río de aguas bravas, incontenible. Sabe que ahora debe empezar a amontonar guijarros para su tumba, ha llegado el momento. Hay que hacerlo por si acaso, por si acaso él no llega, por si él no llega a tiempo después de haberlo esperado sesenta y dos años.

—Llegará.

—Llegaré.

La mujer oye voces aunque las voces no existan. Las voces que le pertenecen han muerto. No importa. Ella habla con las voces de sus muertos, discute con ellos. De vez en cuando los sienta en su regazo, sobre sus muslos que han perdido la agilidad y deja que le susurren al oído, llevándolos de la mano por paisajes olvidados. En su cabeza los hechos se confunden con frecuencia. Sus pensamientos entonces se alinean como si pasaran por una avenida de estatuas, las figuras esculpidas en granito, en mármol, en piedra, tiemblan delante de ella y apenas mueven los labios. Hay que aguantar. Porque sin las voces, ella estaría sola, sola y encerrada dentro de su propio cráneo, que se está ablandando. Su cráneo es cada vez más frágil, se empieza a parecer al cráneo de un recién nacido. Y allí dentro, su cerebro, suspendido en el líquido cefalorraquídeo y momificado hasta cierto punto, late cansado. Su mente se mueve lenta, igual que su corazón. Toda ella se está haciendo más y más pequeña, también sus ojos, y hasta las lágrimas. La mujer evoca las voces inexistentes, unas voces que la habían abandonado, las evoca para que maticen su abandono.

Al lado de sus piernas hay un cesto enorme de color rojo que le llega hasta las rodillas. De ese cesto rojo, la mujer está sacando su vida entera y la tiende, pieza a pieza, sobre el alambre que representa la realidad. Saca de allí las cartas, unas cartas que no pocas veces tienen más de cien años. Va sacando de allí también las fotografías, las postales, los recortes de diarios y de revistas. Hojea las publicaciones, repasa ese montón de papel muerto y lo reordena de nuevo, ahora sobre el suelo y sobre la mesita junto a la ventana. Está ordenando su existencia. Está encarnando a sus ancestros. Está dando cuerpo a su estirpe, a su fe. Está materializando las ciudades y los pueblos donde ella vivió. Dibujan la época de su vida. El tiempo vivido se alarga bajo sus manos, con todo su espesor,

a la manera de aquellas tortas enrolladas que se venden en las plazas de toda Europa Central, preparadas por expertos lugareños para las grandes ocasiones. Lo amontona todo, se lo traga todo, se empareda en su habitación. Y luego, allí dentro, todo empieza a descomponerse, a pudrirse.

La mujer está ferozmente quieta. Está escuchando con oídos hechos a los peores relatos. Se está vistiendo con el pasado de otras personas, allí, en aquella habitación de un viejo edificio situado en la Vía Apica, número 47, en Gorizia, en la ciudad que los italianos llaman Gorizia, los alemanes Görz y los friulanos Gurize, en ese cosmos en miniatura al pie de los Alpes, en la confluencia del río Isonzo, que también se llama Soča, con el río Vipava, allí donde los imperios fallidos topan con sus confines.

Su relato es un relato sin importancia, uno de tantos sobre los encuentros, sobre los recuerdos que guardan la huella de los contactos entre seres humanos. Ella lo sabe. Y sabe también que hasta que todos los relatos de este mundo no lleguen a estar cosidos en un único *patchwork* cósmico que envuelva la Tierra completamente, la gente va a continuar deshilachando las costuras, recortando la tela. Todos quieren romper en jirones ese cosmos compartido y robarle los trozos para entretejerlos en su mortaja. Ella sabe que sin su relato, el trabajo quedaría inacabado. Y sabe también que ese trabajo, de hecho, es inacabable, su realización se va posponiendo y se adentra en la eternidad, más allá de toda existencia. Sabe que llegar al final significa enloquecer. Se lo explicó un día Umberto Saba, allí mismo, echado en una cama de la clínica del doctor Basaglia de Gorizia, o quizás fue en Trieste, en el consultorio del doctor Weiss. Ella sabe que uno puede llegar al final de sus sueños, pero que allí nadie despierta. Los atajos que busca a ciegas son los caminos más cortos para llegar de

un lugar al otro, pero son caminos cubiertos de matorrales, verdaderamente aptos solo para las cabras. Los atajos quizás despierten la nostalgia de disponer de una carretera larga, recta, lineal, que llegue hasta las provincias, le dijo en aquella ocasión el mismo Umberto Saba. Con las dos manos va apartando los tallos de los zarzales que han crecido sobre su memoria. No sabe si sus recuerdos realmente se han transformado en la memoria o bien se han quedado en el presente, escondidos, apartados, encerrados bajo llave. La mujer se ha encaminado por ese sendero casi desaparecido. Y sabe que las coincidencias no existen. No existe aquel tiesto que puede caerle a uno encima de la cabeza en plena calle. No existen las cadenas —ni tampoco el libre albedrío— que aparentemente no podemos controlar y que quisiéramos descifrar.

La mujer está allí sentada, balanceándose. Su silencio es insoportable.

Es lunes, 3 de julio de 2006.

*HURRY UP PLEASE IT'S TIME*

Se llama Haya Tedeschi. Nació el 9 de febrero de 1923 en Gorizia. De los documentos se desprende que aquel mismo año de 1923 fue bautizada el 8 de marzo por el sacerdote Aldo Boschini, que ella evidentemente no recuerda, como tampoco recuerda a su madrina Margherita Collenz. La ceremonia del bautizo fue dirigida por don Carlo Baubela. Baubela es un apellido alemán. Haya volvió a ver a don Carlo Baubela en el otoño de 1944, era un viejo que caminaba encogido. Con las manos frías y temblorosas, que olían a incienso y tabaco, le dio la bendición. Gorizia es una bella localidad. En Gorizia tuvieron lugar historias interesantes, pequeñas tramas familiares como la suya. Ella nunca llegó a conocer a muchos de los miembros de su propia familia. De muchos ni tan solo llegó a saber de su existencia. La familia de su madre y la familia de su padre eran numerosas. Existen, existieron, en Gorizia historias familiares complejas, pero se trata de historias sin importancia que recorren los siglos y que, como los torrentes, arrastran con la corriente troncos de árboles caídos, animales ahogados de vientre inflado, vacas con ojos hinchados, ratas sin cola, cadáveres degollados y también los cuerpos sin vida de los suicidas. Entre sus parientes no se conocen suicidas. Y si los hubo, nadie los mencionó jamás.

En Gorizia vivieron y luego se quitaron la vida algunos suicidas célebres. Por esa ciudad pasó mucha gente, algunos se quedaron, otros tuvieron que marchar. Entre ellos hubo judíos y no judíos. Aquí vivieron poetas, filósofos, pintores. Hombres

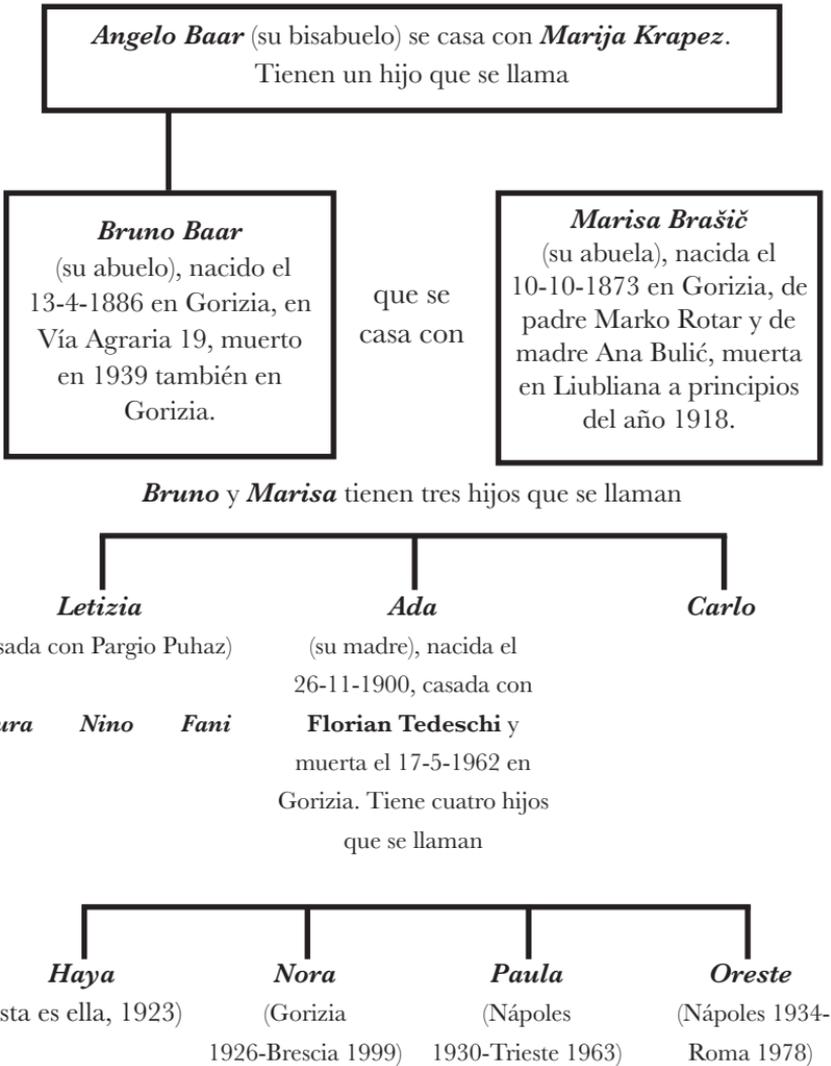
y mujeres. El suicida más famoso de Gorizia se llamaba Carlo Michaelstaedter.

La madre de ella se llamaba Ada Baar...

Haya necesitó años para recopilar la información que le permitió reconstruir su árbol genealógico de ramas cortadas y saber quién era quién. Hacía mucho que no tenía a nadie a quien preguntar nada. Le quedaban muy pocos parientes y estos tenían la memoria cansada, agujereada, sellada con el lacre negro del olvido o de la confusión, sus viejos eran como islotes atrapados bajo las altas llamas de un incendio —que se agitan imparables. Las voces muertas de sus antepasados temblaban, chillaban, la asaltaban desde los rincones de su habitación, salían de debajo del suelo, bajaban del techo, entraban por las ranuras de las persianas venecianas y le cantaban aquella balada que ella era incapaz de comprender.

Qué aspecto tenían sus antepasados, ella no lo sabía. No tenía ninguna prueba. No habían dejado ninguna huella.

## *Familia Baar*



## La familia Tedeschi

**Herman Tedeschi** (su bisabuelo) se casa con **Vanda Kaplan**.  
Tienen un hijo que se llama

**Paolo Tedeschi** (su abuelo) Milán 1981 - Saló 1948

que se casa dos veces

**Paolo  
Tedeschi**

y

**Emilia Finzi** (su abuela)  
Milán 1880 - St.Moritz  
1910. Ella es hija de  
Constantin Finzi y Emma  
Teglio. Tuvieron otra hija  
de nombre Elsa.

Tienen un hijo (su padre) de nombre **Florian Tedeschi** (Milán  
1899 - Saló 1971) que se casa con **Ada Baar** (su madre).

tienen cuatro hijos que se llaman

**Haya** (esta es ella, 1923)      **Nora** (Gorizia 1926-Brescia 1999)      **Paula** (Nápoles 1930-Trieste 1963)      **Oreste** (Nápoles 1934-Roma 1978)

**Paolo  
Tedeschi**

se casa por segunda vez con

**Rosa Brana**  
(¿?-Saló 1949)

tienen tres hijos que se llaman

**Sergio**      **Walter**      **Ugo**